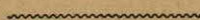


libertad de México, siguieron algunos momentos de silencio. Habíamos llegado á la garita de Guadalajara, y echando á galopar, me encontré á los pocos minutos á la puerta del *mesón*. Dí gracias al capitán Ruperto por sus curiosas narraciones, y me separé de él con la esperanza de seguir bien pronto, en su compañía, el camino de Guadalajara á las costas meridionales de México.



LAS SIETE NORIAS DE BAJAN



Guadalajara es uno de esos lugares de paso, adonde sólo va uno á sus negocios, y de cuyo punto el viajero ocioso desea alejarse. Después de haber empleado más de una semana en visitar la ciudad y sus inmediaciones, creí que había llegado el momento de proseguir mi excursión hasta las costas meridionales de México. El capitán D. Ruperto, lo mismo que yo, no era aficionado á la vida sedentaria, y al día siguiente del en que le anuncié mi proyecto de marcha, cabalgábamos juntos por el camino de Tepic.

El primer día de camino fué silencioso. Á la mañana siguiente, después de haber hecho alto en una de esas pobres ventas que son los paradores públicos de la América española, atravesamos el pueblo de Tequila,

en donde se fabrica, con el nombre de *mezcal*, un licor fuerte muy estimado en todo México, y que se extrae de la raíz de una especie de áloes. La tercera jornada, fuimos á rendirla al pueblo de Ahuacatlán, en donde nos aguardaba una agradable sorpresa, bajo el techo de un francés, M. L***, fundador de una fábrica de destilación, que comenzaba á prosperar, gracias á su inteligente dirección. En la época en que pasamos por el pueblo de Ahuacatlán, aquella fábrica no contaba más que dos años de existencia, y los primeros esfuerzos del aventurero especulador habían tropezado con un obstáculo tan original como desagradable, en el fanatismo de algunos ignorantes. Á los ojos de un mexicano, todo extranjero es inglés, y todo inglés hereje. Así, pues, cuando M. L*** llegó á establecerse en el país, algunos fanáticos de Ahuacatlán hicieron cuanto pudieron para desterrar del pueblo al huésped inesperado, cuyo contacto creían peligroso para sus compatriotas. Enredos, chismes, persecuciones de toda clase, nada se había perdonado para cansar la paciencia de nuestro compatriota y para decidir á los habitantes de Ahuacatlán á rehusarle toda clase de auxilio. Felizmente, el resultado de aquella oposición engañó las esperanzas de los revoltosos. Los indios, contra su

costumbre en tales casos, habían tomado partido por el hereje contra aquellos capataces, quienes, desconcertados por tan imprevista resistencia, cedieron al fin. Desde aquella época, M. L*** era para la población indígena de aquel lugar, objeto de una verdadera adoración. No se habían contentado con ayudarlo en sus primeros trabajos de explotación, sino que lo distinguían con las más delicadas atenciones, y como testimonio de su filial reconocimiento, los indios habían convertido en un delicioso jardín la roca en que se había edificado la fábrica de destilación, entregándose para ello á los trabajos más fuertes.

Pasamos todo el día en aquella hospitalaria habitación. En el centro de aquellos terrenos perfectamente cultivados, gracias al celo desinteresado de los indios, M. L*** nos refirió la curiosa historia de su lucha con sus opositores de Ahuacatlán. Allí fué también donde creí de mi deber recordar á mi compañero de viaje una promesa hecha antes de nuestra salida de Guadalajara. D. Ruperto me debía la continuación de su confesión militar. Los recuerdos de la guerra de independencia tenían para M. L*** el mismo atractivo y novedad que para mí, y uniendo sus instancias á las mías, decidimos al antiguo partidario á comenzar, en medio del más

profundo silencio, una de esas relaciones que más de una vez habrían divertido á sus compañeros de armas en las veladas nocturnas, ó abreviado sus marchas en el desierto.

I

Hay en la vida de los guerreros días ó sucesos que no se olvidan, nos dijo gravemente el capitán, después de haber encendido un cigarro y atusado sus bigotes canos. No les citaré á ustedes de mi primera campaña más que dos aventuras, dos episodios que la resumen en mi memoria. Una noche que pasé en la *Hacienda de la Barranca del Salto*, inmediata al llano de Calderón, y un viaje de pocos días que hice del Saltillo á Monclova, me revelaron la guerra bajo un aspecto tal, que los más terribles combates no me habían descubierto.

La primera de estas aventuras se remonta á los días que siguieron inmediatamente al levantamiento provocado con tanta audacia por el cura de Dolores. Era

el mes de diciembre de 1810. La naciente insurrección se hallaba en toda su fuerza, y no se presentaron pocas ocasiones en que reconocí cuán crueles instintos se mezclaban á las pasiones generosas en aquellas primeras horas de la lucha. Alistado en la bandera de la independencia, y habiendo llegado á comandante de un escuadrón de *rancheros*, fui herido en una escaramuza en las inmediaciones del puente de Calderón. Dispersóse mi tropa, y obligado á entrar á Guadalajara, lancé mi caballo por lugares desiertos, con el fin de apartarme de los caminos frecuentados y peligrosos. Desgraciadamente me sorprendió la noche cuando me faltaban aún diez leguas para llegar á la ciudad. Me encontraba en el inmenso llano, en donde más tarde debían obtener los españoles una victoria tan sangrienta. Mi herida, aunque ligera, había cambiado en una debilidad dolorosa el cansancio que resulta siempre de un combate. Mi caballo caminaba con suma fatiga. Espesas nubes cargadas de electricidad cubrían el cielo, y el viento que precede á las tempestades hacía inclinar las frondosas copas de los árboles del Perú. Pocos momentos después, enormes gotas de agua caían en las malezas, y algunos relámpagos arrojaron luces siniestras en medio de las tinieblas que me rodeaban.

Entonces reconcí que me encontraba á poca distancia de una de esas *haciendas* arruinadas y desiertas, que desde el principio de la guerra servían de refugio á los destacamentos de los dos ejércitos. Sintiéndome demasiado débil para poder continuar mi camino, resolví, á pesar de los riesgos que me rodeaban, dirigirme á la *hacienda*, cuyos muros almenados comenzaban á dibujarse distintamente en el cielo. Nada en aquel recinto silencioso y sombrío parecía indicar la presencia de un ser humano. En pocos minutos atravesé una barranca, en donde se oía el ruido de un torrente, formado por las últimas lluvias, y me encontré delante de la puerta de la casa abandonada, en donde debía encontrar una posada aquella noche: era la *hacienda de la Barranca del Salto*.

Los preparativos de mi instalación fueron muy cortos; después de haber lanzado mi caballo enfrenado al patio de la *hacienda*, desmonté, sin dejar de quejarme por los dolores de mi herida, que comenzaba á entorpecer mis movimientos, y sobre todo, maldiciendo á los pícaros que me habían puesto en tan horrible estado. Con pasos vacilantes, y muy fatigado, conduciendo por el cabestro á mi caballo, procedí á inspeccionar el patio en que me encontraba: éste

parecía una especie de *liza*, rodeada por tres lados de arcos de mampostería, medio arruinados; por todas partes, debajo de aquellos arcos, había puertas sin hojas. En medio del patio, algunos tizones casi apagados atestiguaban que otros viajeros, pocos momentos antes, habían atravesado por aquel lugar. Mi primer movimiento fué reunir los tizones y avivar como pude el fuego, que aun no se apagaba en el fondo de la hoguera improvisada. Até en seguida mi caballo á uno de los pilares que sostenían los arcos, y teniendo en una mano un tizón inflamado, y en la otra una pistola, entré vacilando á un pasadizo, que parecía comunicaba con la habitación de los antiguos propietarios de la *hacienda*.

El pasadizo me condujo al segundo patio, arruinado más que el primero, y en el que se percibía ese hedor infecto que reina en los campos de batalla cuando no se tiene cuidado de sepultar los cadáveres. Dos de éstos yacían en aquel patio, apenas ocultos entre un montón de escombros; no quise avanzar más, sino que retrocedí, y atravesando por segunda vez el pasadizo, descubrí una puerta, cuya cerradura me apresuré á forzar. Entré en una sala cuadrada y espaciosa, cuyas paredes estaban cubiertas con tablas agujeradas

por las balas, ó destréizadas por las bayonetas. Allí fué donde resolví establecerme lo más cómodamente posible. Algunos muebles hechos pedazos se hallaban amontonados en un rincón, y podían servirme de lecho. No me restaba más que ir á buscar mi caballo, para que participase de un nuevo abrigo, y me disponía á salir, cuando un tiro de fusil hizo vibrar los sonoros ecos de la casa desierta. Una bala que silbó al mismo tiempo á mis oídos me advirtió que era á mí á quien atacaban. No aguardé una nueva agresión, y me precipité fuera de la sala hospitalaria. Apenas llegué al primer patio, desgraciadamente tropecé con un montón de piedras, escapóse de mi mano la pistola, así como el tizón que me alumbraba, y sin perder tiempo en buscar mi arma en la obscuridad, me dirigí á tientas al lugar en donde había dejado mi caballo. Allí me esperaba un nuevo contratiempo: el animal había desaparecido, y con él el resto de mi equipaje, mi lanza, un sable y la segunda pistola. Me hallaba, pues, solo, sin armas y herido, á merced de mis desconocidos enemigos. No me restaba más que salir de la *hacienda*, en donde un agresor misterioso podía de un momento á otro enviarme una bala mejor dirigida que la anterior. Con mucho trabajo conseguí salir de aquel mal-

decido lugar, y vencido por el cansancio, me tiré á la sombra de un *mezquite*, al borde del abismo, desde donde subía hasta mis oídos, más y más tremendo el ruido del torrente, mezclado con el de la tempestad.

Había pasado muchas noches á cielo raso, expuesto al viento y á la lluvia; conocía todas las voces quejasas ó terribles que se escuchan en medio de las soledades durante una tempestad; pero los murmullos que aquella noche llegaron hasta mis oídos, á la orilla de la *barranca*, no se asemejaban ni á los silbidos del viento, ni al ruido de la tempestad. ¿Acaso era yo el juguete de una alucinación febril? Me parecía que escuchaba voces humanas, gritos de heridos ó de moribundos, que dominaban la salvaje armonía de la catarata. Aquellas voces extrañas subían del fondo de la *barranca*; por el lado de la *hacienda* eran otros rumores, como el que produce una reunión de caballos y el choque de armas. ¿De dónde provenían aquellos ruidos siniestros?... ¿Me encontraba yo en un campo de batalla, en medio de otras víctimas de la guerra civil? ¿Á algunos pasos de distancia se verificaba acaso alguna matanza nocturna? ¿ó bien, como creí al principio, la fiebre causada por mi herida iba cambiándose

en delirio? Poco á poco cedí á mi débil sueño, mecido por los mil confusos rumores que en vano trataba de explicarme. Un grito de angustia, más terrible que los demás, no tardó en despertarme, y decidido á luchar contra la soñolencia en que me había sumergido el cansancio y la fatiga, hice un esfuerzo para permanecer sentado, apoyado en el árbol que me servía de abrigo. Redoblaba la tempestad, y el follaje del mezquite acababa de ceder al aguacero, dejándome expuesto á las inclemencias del cielo. Enormes y tibias gotas inundaban mi frente, y no sé qué olor de sangre se exhalaba á mi derredor: miré mis manos, y me pareció que un líquido rojizo se mezclaba á la lluvia que las humedecía. En fin, una ráfaga más impetuosa que las anteriores pasó por el campo, y el mezquite, bajo el cual me hallaba acostado, tronó ruidosamente, y sentí que se estremecieron sus raíces en el suelo. Una rama muerta cayó de la cima del árbol, y una masa negra rodó á mi lado; alargué maquinalmente mi mano, y al momento la retiré, arrojando un grito de horror: mis manos acababan de coger una cabellera húmeda y viscosa. En el instante me paré, á pesar de mi debilidad, y con la vista clavada en la cima del árbol, aguardé que algún relámpago arrojase su luz siniestra

en medio de las ramas, que se inclinaban gimiendo sobre mi cabeza. Todo me lo expliqué entonces. De cada una de las ramas del mezquite pendía una cabeza sangrienta, testimonio de la crueldad de los españoles. El árbol, bajo el cual había yo buscado un abrigo, era uno de esos monstruosos trofeos, que el salvaje furor de los soldados de Calleja multiplicaban en nuestros campos. No pude contemplar por mucho tiempo aquella horrible pirámide de restos humanos; creí reconocer entre aquellas horribles cabezas las facciones de algunos compañeros de armas, y caí desmayado.

Aquí interrumpió el capitán su relación: había observado en el rostro de M. L*** una expresión de duda, y añadió después de un momento de silencio, volviéndose hacia mi incrédulo compañero:

— ¿Cree usted tal vez que le estoy refiriendo un cuento?.. Desengáñese usted. Desde que habita en la República, ha de haber usted encontrado más de una vez, algunos árboles cargados de cruces de madera. Pues bien, en lugar de cada uno de esos fúnebres emblemas, había antes la cabeza de un insurgente. En el Bajío, sobre todo, esos árboles, que sostienen frecuentemente cincuenta ó sesenta cruces, recuerdan el principal teatro de nuestras luchas revolucionarias. Á los

españoles pertenece la idea de esas sangrientas exhibiciones; pero concluimos por mejorarles su invención, supuesto que á nuestro turno clavamos en las ramas de los árboles millares de cabezas, y éstas no fueron reemplazadas por cruces expiatorias. Como usted ve, fué una guerra espantosa la que provocó el atrevido cura de Dolores.

No sé cuánto tiempo permanecí al pie del mezquite. Cuando recobré el conocimiento, me alejé apresuradamente de aquel árbol que sostenía ramas sangrientas. La lluvia continuaba, pero la tempestad había calmado. Me arrastré por el suelo húmedo, y fui á acostarme á algunos pasos de distancia, en una especie de lecho natural, formado por las rocas que rodeaban el torrente; pero allí tampoco debía encontrar el reposo. Un ruido de pasos me hizo levantar inmediatamente la cabeza, y distinguí á lo lejos la luz de una antorcha que parecía acercarse á mí. Pocos momentos después, llegó hasta mis oídos una carcajada estridente que despertó los ecos del llano, y el viento me trajo algunas palabras extrañas, que parecían producidas por la boca de un loco: ¡eh! ¡eh! ¿alguno de mis corderos se había escapado de la matanza? Espérame, hijo, espérame, ya voy. En menos de dos mi-

nutos, el hombre que había proferido estas palabras, se encontró á algunos pasos de distancia del lugar en que me encontraba, é inmóvil, cubriéndome con mi capa, observé en silencio una figura con quien desde aquella noche he soñado frecuentemente, mezclada con las más siniestras apariciones. El hombre que parecía buscarme, como un verdugo busca una nueva víctima, caminaba vacilando, con un paso en que se descubría fácilmente la embriaguez. Con una mano, sostenía una antorcha, y con la otra blandía una de esas largas espadas de dos filos, que se emplean en las corridas de toros. Yo procuraba contener hasta mi respiración, sin perder uno solo de sus movimientos. Aquel hombre, á pesar de la lluvia, se acercaba sin chaqueta ni capa, sólo con un pantalón muy ancho, estrechamente sujeto á la cintura. Cubría su rostro una espesa barba: era de elevada estatura, y su camisa, húmeda y ensangrentada, marcaba sus robustas espaldas. Sus ojos brillantes y la feroz expresión de su fisonomía, me hacían creer en una aparición diabólica. Estaba tan próximo, que el aire que hizo con su espada llegó hasta mi frente. En aquel instante encomendé mi alma á Dios: acababa de descubrirme, y arrojó un bramido parecido al rugido del chacal.

— ¡ Ah! ¡ ya está aquí el que se me había escapado! ¿ Quién eres, amigo, que huyes de la presencia del torero Marroquín ?

— Un capitán de insurgentes herido, señor Marroquín, exclamé, y que implora su auxilio : ya sé que es usted de los nuestros.

— Tiene usted mucho derecho á mi compasión, hijo mío, contestó el torero, que avanzaba con la espada levantada.

— Señor Marroquín, creo que no será usted capaz de degollar á un amigo y compañero de Hidalgo.

— Escucha, amigo: has de saber que no he degollado esta noche, en la *Barranca del Salto*, más que doscientos amigos de Hidalgo. Amigos de Hidalgo, ¿ comprendes? Esos doscientos españoles decían como tú que eran amigos del general, lo cual no ha impedido que... ¿ Creerás que aún tengo sed? El aguardiente puro no embriaga tanto como la sangre.

Yo escuchaba estremeciéndome á aquel insensato; le suplicaba, pero en vano, que me perdonase la vida: el torero bailaba á mi derredor, tan pronto riéndose, tan pronto llorando ruidosamente. Quise hacer el último esfuerzo para librarme de la suerte que me reservaba; pero con una mano me tiró al suelo y apoyó

una rodilla en mi pecho. Sentíme clavado en el suelo por aquella mano de hierro. Esperaba el golpe fatal, cuando, gracias á mi santo patrón, á quien había invocado ardientemente, aparecieron varias lucés en el campo, corriendo de un lugar á otro con tanta viveza, que los que las conducían debían ir probablemente á caballo.

— Señor Marroquín, exclamé, usted se arrepentirá de mi muerte; concédame usted la vida; Hidalgo se lo agradecerá á usted.

— Más me agradecerá el haber pasado á cuchillo, esta noche, á doscientos españoles. ¿ Qué quieres?... cuando se han degollado doscientos hombres, no puede uno detenerse... Es preciso degollar, y degollar...

Seguramente había llegado mi última hora, cuando unos gritos y el ruido de caballos, más y más distintos, hicieron vacilar á Marroquín. Era á mí á quien llamaban:

— ¡ D. Ruperto! ¡ Castaños! ¡ D. Ruperto!...

El instinto de la conservación, cuando iba á terminar mi vida el torero ebrio, se despertó en mí más enérgico que nunca. Con un movimiento violento me desprendí de las garras de hierro de mi terrible adversario, y respondí en voz alta, con toda la fuerza de mis pulmones:

— ¡Por aquí! ¡auxilio! ¡favor á Ruperto Castaños!

Sin embargo, el robusto torero, á quien había visto paralizar con mano poderosa los esfuerzos de los toros en las plazas, me venció de nuevo, cuando un caballero que llevaba una rama de pino inflamada, llegó al galope hasta donde estábamos. Con el encuentro del caballo dió tan violento golpe al miserable que me oprimía, que éste rodó por el suelo como una piedra, y sólo un prodigio de destreza de mi salvador impidió que fuese yo machucado por las patas del caballo.

— ¡Ab! ¡pobre Castaños! parece que llego á buen tiempo, exclamó una voz que reconocí por la de mi antiguo amigo, el contrabandista Albino Conde.

Aunque alistado entre los insurgentes, aquel afectuoso compañero no había interrumpido su antiguo oficio: era medio bandido y medio guerrillero. Había establecido su cuartel general en la hacienda arruinada, y sus gentes tenían orden de impedir que penetrase en ella persona alguna. Un soldado de la banda, en ausencia de Albino, había querido ejecutar aquella orden, disparando sobre mí y tomando mi caballo. Cuando volvió Albino, le entregaron unos papeles encontrados en las pistolerías de la silla de mi caballo. Entre ellos se hallaba mi despacho de capitán de ran-

cheros. Albino temió al momento que mi vida estuviese en peligro, y se puso en camino. Cuando concluyó su relación, le di las gracias por su oportuna intervención: el contrabandista acercó su antorcha al cuerpo, al parecer inanimado, del torero.

— No puede ser sino Marroquín, dijo con disgusto. ¡Oh! venga usted conmigo, y verá su obra nocturna.

Apoyado en el brazo de Albino, me dirigí á los bordes de la barranca. Uno de los soldados del contrabandista descendió al fondo de ella, y paseó la antorcha por todas sus anfractuosidades. Montones de cadáveres cubrían el suelo.

— Es preciso confesar que ésta es la obra de Hidalgo, me dijo Albino en voz baja. En atención á la denuncia que le hicieron de una conspiración urdida, según pretenden, entre los españoles de Guadalajara y un fraile carmelita de San Diego, Hidalgo, de su propia autoridad, condenó á muerte á los conjurados y los mandó aquí de noche, en silencio, atados de pies y manos. El torero Marroquín es el ejecutor de esas sentencias: á él le entregaron los prisioneros. Se numeran hasta el día setecientos, poco más ó menos, degollados de esta manera. Todos murmuran contra el hombre que ha decretado esta matanza. Yo me he

librado de su dominación... Pero venga usted conmigo, porque tengo otras cosas que comunicarle.

Antes de seguir al contrabandista, dirigí una mirada á las víctimas de aquella espantosa matanza, y entonces me expliqué los rumores extraños y siniestros que había oído una ó dos horas antes. Apoyado en el brazo de Albino, me dirigí á la *hacienda de la Barranca del Salto*. En lugar de entrar por la puerta principal, Albino me hizo rodear por el laberinto arruinado, y me introdujo por una brecha á las espaciosas dependencias de aquella casa desierta. Una puerta secreta nos dió entrada á un vestíbulo, en el cual había muchos cuartos, en cada uno de los cuales habían podido dormir cómodamente ochenta hombres. Un patio inmediato servía en aquel momento de caballeriza á los caballos de los intrépidos soldados alistados á las órdenes de Albino.

— Ya usted ve, me dijo Albino, que el virrey Venegas no está mejor alojado que yo. Nadie vendrá á turbarme en este lugar. El soldado que disparó sobre usted ha faltado á su consigna, y en consecuencia será castigado. No recibimos, ni debemos recibir á balazos á los viajeros que buscan un refugio en esta hacienda arruinada. Les hacemos pagar una contribución cuando

se presentan, y eso por toda clase de medios, menos vulgares y peligrosos que un asesinato. Yo soy un jefe independiente, y sorprendo cuanto convoy pasa, sin dar cuenta á nadie de mis operaciones.

Felicité al antiguo contrabandista. Albino juzgaba sanamente del estado de los negocios: conocía las disposiciones de muchos insurgentes dispuestos á sacudir el yugo de Hidalgo; preveía que el cura rebelde tendría muy pronto alguna catástrofe. Así, pues, quería vivir solo con su guerrilla, y conducirla como mejor le pareciese. Resistí, sin embargo, á sus instancias, y no quise pertenecer á aquella reunión, obligada á sostenerse del pillaje. Profesaba ya á dos de los capitanes de Hidalgo: Abasolo y Allende, un afecto verdaderamente filial. No insistió Albino, y viéndome resuelto á no abandonar á mis jefes, se contentó con ofrecerme por algunos días la hospitalidad, en lo que llamaba su *palacio*.

En aquel momento apareció una joven conduciendo en sus brazos á un niño dormido. Aquella mujer joven y hermosa, era la compañera de Albino; llamada por su marido, iba á curar mi herida. Pasé cerca de un mes en la *Hacienda del Salto*. Al cabo de este tiempo, me encontré completamente restablecido. Los gene-

rales españoles caminaban á marchas forzadas hacia Guadalajara: había llegado la hora de entrar en campaña. Marché, pues, á reunirme con mi compañía á Guadalajara, y tomé parte, pocos días después de mi llegada, en la batalla del puente de Calderón, en donde las masas indisciplinadas del ejército de Hidalgo se estrellaron contra seis mil españoles. Después de la derrota, la propia *Hacienda del Salto* fué la que me ofreció un refugio. Los restos del ejército insurgente se habían retirado al Saltillo. No se podía, pues, permanecer en las inmediaciones de Guadalajara. Los ochenta hombres de Albino fueron á incorporarse á los diversos destacamentos reunidos en el Saltillo. Entre la *Hacienda del Salto* y aquella población, se estableció desde entonces un sistema de correspondencia que me tuvo al corriente de los últimos sucesos de la guerra. Así fué como supe que Hidalgo, Abasolo y Allende habían abdicado el poder y se habían puesto en camino para Monclova, desde donde debían dirigirse al territorio de los Estados Unidos. Entonces resolví proseguir la campaña con los restos de mi compañía. Queríamos á cualquier precio eternizar la guerra, no obstante la terrible derrota de Calderón, y en pocos días nos hallamos reunidos algunos de mis valientes compañeros, que nos colocaron á Albino y á mí á la

cabeza, en un campamento situado á poca distancia de una casa de campo perteneciente al gobernador de la provincia de Coahuila. Durante las últimas jornadas de una guerra prematuramente comenzada, pasó el segundo episodio que me hizo conocer, bajo un nuevo aspecto, las revoluciones, cuyos horrores había creído descubrir hacía un mes.

II

La noche del mismo día en que nos llegó la triste noticia de la partida de nuestros jefes para Monclova, nos hallábamos en nuestras tiendas, decididos á vender nuestras vidas. Como todo el país estaba por nosotros, á excepción de algunos lugares, cuyos habitantes se hallaban contenidos por la presencia de algunos destacamentos españoles, verificábamos nuestras correrías sin gran riesgo, procurando no obstante tomar las mayores precauciones para evitar las sorpresas. Á considerable distancia de las fagotas que encendíamos de trecho en trecho, vigilaban nuestros centinelas los